

UNA BANDEJA

DOY gracias a estos momentos, porque me están sirviendo en bandeja unos bellos recuerdos. Al llegar la Semana Santa, nos inundan meditaciones, pasajes, que han colado profundamente. Se me va el pensamiento para aquellas bandejas de dulces, tiernos y dorados, que en la infancia nos atraían de verdad. Porque la boca los apetecía, quería su crema impresionante, su escarcha de nácar. Eran bandejas blancas, de un grosor apreciable, continentes que siempre contendrán las horas más felices, las de las gozosas festividades, los cumpleaños esperados, los santos de nuestros seres más amados. Teniendo necesidad de esta dicha, que emana verdadera vida, no me extraña que en esta Semana Santa, que vuelve siempre sobre nosotros, con su luz apagada, poniéndonos a Gólgota delante, brindándonos las tres cruces muy altas, estas ideas me ganen, y las contemple, y las repase, y las escriba, y las bese, porque me atraen en su pureza de laureles y palmas.

Necesito en esta Semana Santa mi bandeja, pieza fina de mi vajilla. Necesito que se me sirva en ella algo espiritual, de divino rango, que nutra mi ser, que lo cure de mil extravíos, que ponga, con sus contenidos, fuerzas a tantas debilidades. Por fortuna, me queda este recuerdo. Como en un banquete, como en una jornada de gala, saco esta bandeja de mi alma, de mi vitrina más amada, y la templo con mis manos, y la contemplo. Me veo en ella, como ella está en mí. Me veo en su bruñida superficie, en su carne lisa y brillante, en su limpia plata, en su destello de pieza amada. En ella estoy retratado, cuando la miro, cuando me acerco a ella, tal vez porque me

ha subyugado, y me tiene con ella, por un milagro, por un recuerdo imborrable, por un reflejo consternado.

Semana Santa. Sueño con aquella procesión del Viernes Santo, que salía con pesar, con pasmado pisar. El pendón negro abría el cortejo. Era la procesión del Santo Entierro. Era el entierro que más nos hacía reflexionar, al que dedicábamos una admiración jamás lograda. El estandarte, también negro, resaltaba los motivos de la Pasión. La urna, con aristas de madera, llevaba el cuerpo yacente del Señor, envuelto en una sábana más pura que la nieve. Siguiéndole, su Madre, llorando diamantes, con aquel manto de terciopelo, que era un regalo para nuestra empobrecida vista. Juan no le podía abandonar, con su libro bajo el brazo, con su pluma de mago.

—¡Necesito mi bandeja! —oigo en todos los ámbitos de mi ser.

Ha llegado la hora de su paso. Iba al final, en aquel principio de nuestra vida. Portada por un hombre vestido de morado, con hábito largo, con cíngulo amarillo. Con sus dos manos, sostenía aquella bandeja, que nos seguirá llamando de noche y día. Porque acomodaba los tres clavos con los que el Señor había sido sostenido a la cruz. Caminar lento, universal dolor, sin separar jamás de ella la vista, sin mirar más que para los clavos en todo el recorrido. Su fuerza, su amor, debió ganar a muchos. Por suerte, a mí también me ganó.

LUIS ROMAY G. ARIAS



RICARDO MARTIN
DE LA SIERRA

 **TIENDA DE ROPA - HOMBRE Y MUJER**

Mártires, 14
☎ 85 19 01

13250 (Daimiel)
(Ciudad Real)